

Resurgir

Lisbeth Vanessa Moran Cuastumal

Estudiante de la Especialización en Familia

Universidad Mariana

El guerrero que esté en la posición de volverse maestro debe andar siempre despierto para así coger su centímetro cúbico de suerte

(Castaneda, 1976)

Este texto posibilita develar reflexiones relacionadas con la salud mental, la enfermedad y las formas extraordinarias que se puede descubrir por medio de la conciencia y el despertar hacia la existencia iluminada, teniendo en cuenta ideologías, saberes ancestrales, naturaleza, fe, confianza, amor y unicidad, que nos constituyen como personas, sin olvidar los abismos que, de distintas maneras, se manifiestan en la vida humana. Además, se hace referencia a la locura y a la enfermedad, como aquello temible y trágico que puede ocurrirle a un ser humano y, sin embargo, son estos estados los que le permiten volver a la lucidez y entregarse por completo a la vida. Sin eso, quizá el renacer no sea posible. Entonces, dichos elementos son articulados desde un ámbito histórico y a través del misterio que tras de sí albergan. Con ello mencionaré una experiencia que, en un momento de quietud, llegó hacia mí. Desde esta parte voy a conversar.

Comenzaré diciendo que, durante las últimas décadas de existencia humana, un abismo nos ha perseguido y, al mismo tiempo, el deseo de comprender para qué ocurren las cosas que lastiman y que permitimos que nos lastimen. No ha de ser coincidencia que hayamos sentido el frío de noches sin respuesta, de amargas palabras y oscuros pensamientos. Me pregunto: ¿será posible pensar que cuando haya momentos oscuros en la mujer y el hombre, humanos los dos, exista en ellos salud y, sobre todo, salud en la mente? en el motor que mueve el quehacer de la vida misma. Sería entonces pertinente hablar de salud y de enfermedad, cuestionando desde dónde y cómo surgen.

Y, si como seres humanos enfermamos, ha de ser por la misma carga que acaparamos sin sentido. Se ha perdido el horizonte en la carrera de la vida; es más: en el siglo que se enmarca como XXI, ya no se sabe por dónde sale el sol cada mañana; así mismo, ni siquiera se toma el tiempo para agradecer el día y la noche que nos acompañan. Es tan grande el olvido de lo natural, del origen y de lo sagrado, que se desconoce cuál es el camino para sanar. Mientras tanto, la confianza y la fe han sido desvinculadas de la cotidianidad; por ello, se permite que la enfermedad tome su lugar y cause desequilibrio, pintando de negro el vivir y ocultando el arcoíris desde el cual emergen las vibraciones de energía vital, pues la enfermedad roba la tranquilidad e impide ver con claridad lo que ahora mismo acontece; en este sentido, me atrevo a decir que, tener salud en la mente es cuestión del momento, de cultivar un día a día con propósito y sin afán.

A partir de lo anterior, es posible hablar de la unidad que nos constituye y que, cuanto más nos aferremos a fraccionarla, más enfermos estaremos. Por ende, se enferma la mente; la locura llega desbordante y ansiosa por querer vivir en lo trágico, pues se ha coartado la ferviente unicidad que nos compone a usted y a mí, compañero y compañera de viaje. Una vez se haya emprendido el camino, surgen inquietudes sobre cuál será el aprendizaje y, en medio de esa incertidumbre, resultan enseñanzas buenas y no tan buenas. Más aún: se navega entre la salud y la enfermedad, entre lo que cura y lo que no. No se trata solo de moverse sobre dos extremos; se trata de comprender e ir urdiendo los hilos de ese camino. Quizá es viable integrar los elementos sanadores cuando nos abandonemos en el puro éxtasis de la vida, de esta vida.

Ahora bien, si me involucro en este discurso, ha de ser para compartir con usted que está leyendo estas líneas, una de las experiencias que se manifestó en el transcurrir de mis años. Sucedió en un momento de silencio, entendido este como el acto sagrado que se puede gestar para sentirse vivo y respirar a conciencia; allí mismo conecté con tres almas, aquellas que antes eran cuerpos existentes en el mundo físico y que, en ese momento, ya eran parte de aquella otra dimensión que trasciende lo efímero y lo material. Entonces se apoderó de mí la sensación de trasportarme y flotar en la inmensidad del mismo universo al que usted y yo pertenecemos.

Cuando atravesé ese tiempo y ese espacio, noté que me faltaba la respiración; cada vez era más agitada y sentía que al interactuar con aquellas almas me despedía del mundo tangible. La situación fue por momentos perturbadora, pero ayudó a sentir que debía permanecer para cumplir el plan. Allí desperté; habían pasado alrededor de diez minutos. En adelante, repensé lo acontecido y percibí que había estado conversando con seres iluminados que desde un lugar lejano pero real deseaban entregarme un mensaje. Eso implicó despertar y luego afrontar cualquier evento que traía consigo un equipaje de turbulencias, haciendo comprender que se puede estar inmerso en el más oscuro de los caminos y, aun así, percibir la existencia de la luz

que aún no se apaga. En efecto, es posible hilar estas ideas con el contenido expuesto en *Las Enseñanzas de Don Juan*, cuando se manifiesta que:

Al principio todo es aterrador y confuso, pero cada fumada define más las cosas. ¡Y, de pronto el mundo se abre de nuevo! ¡increíble! cuando esto sucede, el humito se ha hecho aliado de uno y le resolverá cualquier problema permitiéndole entrar en mundos inconcebibles. (Castaneda, 1968, p. 22)

De ahí se vislumbra que hay maneras sagradas para sanar, las cuales no son un invento de aquellos que en algún momento de la historia fueron mal llamados brujos o, para el caso más perverso de las mujeres, concebidas como las brujas malvadas. En realidad, en ellos y ellas yacía un poder que en su momento fue posible descubrir; se podría decir que han sido seres despiertos porque lograron abrazar el vivo manantial de sabiduría a través de las hierbas; esa primera fuente de medicina que, de forma natural y por medio del buen hacer, brinda sanación. Así, “nadie creía entonces que, aplicados exteriormente o tomados en pequeñas dosis, los venenos fueran medicinales” (Michelet, 1862, p. 75).

Por tanto, los hombres y las mujeres en bendición por la gracia de lo divino y de las elevadas dimensiones del ser, se levantan con la fe y la confianza en sí mismos para reencontrar y reconstruir las vidas que estuvieron a punto de desaparecer; son almas dispuestas a navegar en medio de las bellas y misteriosas sendas de la naturaleza, aunque de camino atraviesan cuatro enemigos: el miedo, la claridad, el poder y la vejez (Castaneda, 1968). Mas, con todo, ellos sabrán reconocer que cuando se atiende conscientemente a la dimensión espiritual y con la intención de despertar, los miedos se han de convertir en fortalezas y guías, siguiendo esta secuencia de ideas, un reconocimiento a la Madre Tierra, a los elementos que la naturaleza ofrece y a la posibilidad de generar sanación desde lo que ella nos entrega. Si somos sus hijos, si desde sus fuerzas energéticas hemos surgido, ella misma sabe cómo darnos alivio cuando las cosas no van bien; es decir, cuando la enfermedad se posesiona en el ser. Además, usted y yo olvidamos que la cura a la enfermedad la tenemos cerca y al interior de nosotros. Entonces, es pertinente preguntarse ¿por qué evadimos ese saber y por qué dejamos que se oculte? mientras buscamos desmedidamente otras fuentes ajenas a nosotros mismos para sanar.

En particular, sucede que las plantas, el aire cálido y fresco, el calor de las piedras o la brisa sutil, pueden curar y llenar de color el oscuro túnel de la vida en pleno silgo invadido por lo superfluo. Se confirma que la majestuosa naturaleza tiene el poder para hacer que el ser humano despierte; en consonancia, resuena que “cada día es un milagro y es todo lo que se necesita para hallar la felicidad; tú eres la escogida y debes saber que contiene la semilla del despertar” (Grinberg-Zylberbaum, 1994, p. 74). De ahí que, el vibrar en sintonía con la naturaleza sea el camino.

Sera preciso decir que una infinidad de elementos vitales ha estado presente desde tiempos inmemorables y durante generaciones; aunque, cuando alguien llegaba para equilibrar y generar el buen vivir, era puesto en tela de juicio y se le prohibía sanar. Así, en cada época. Al parecer, en este tiempo en el que aún nos inquietamos cuando se alude a la locura y a la enfermedad, al menos se permite una mínima interconexión entre la propia medicina y los componentes externos a la misma. Con esto me refiero a los inventos científicos y químicos que son el resultado de la manipulación de la primera fuente que la misma naturaleza ofrece.

En este punto, me atrevo a decir que cada uno de nosotros lleva el poder sanador y la vertiente de luz que da vida. Solo que, cuando el universo se manifiesta y envía las señales, surge el miedo a recibirlas, huyendo hacia el mundo material y virtual. Admitamos por el momento que hay influencias negativas con relación a esferas sociales, religiosas o políticas que desestabilizan la quietud de la mente y, entonces, la enfermedad toma su lugar. A lo mejor, mantenerse en esas esferas resultaría cómodo, debido a que allí no hay que cuestionar demasiado; tampoco hay que resignificar algo, pues todo está controlado, premeditado y, con facilidad se ejecuta oprimiendo un botón. Mientras que el mundo sagrado y espiritual requiere de hombres y mujeres dispuestos a caminar con cautela y con el propósito de amar y, desde del amor, sanar; he ahí la unidad, representada en una palabra. Precisamente, con la fuerza del amor y de la naturaleza es que se puede alcanzar los niveles más altos de la conciencia humana, considerando que elevar la vida desde el amor hacia el amar solo lo hacen almas grandes y despiertas, quienes sí creen y confían en que hay que atravesar el oscuro túnel para lograrlo; quienes no olvidan entrelazar la fuente generadora de vida y salud.

Con la intención de concluir lo expuesto hasta aquí, suscita la idea de que en cada hombre y en cada mujer existe la constante tarea de trascender, resurgir, desenredar los abismos e ir tejiendo las hebras desde las cuales emana la dimensión humana y espiritual. Resulta sagrado aprender de quienes han despertado y llevan consigo el don de sanar y, hacerlo con lo que la naturaleza brinda. Es necesario llegar a la conciencia de vida, comprender que en la inmensidad del universo somos unidad, donde el saber y la sanación surgen también de esa unicidad. Los caminos enseñan que la enfermedad y la locura están presentes y pueden ser la ruta para volver a brillar. La invitación se dirige al reconocimiento de las dimensiones y seres que albergan la luz, aquella guía que hace despertar para transmutar el miedo en confianza y retornar a la vida.

Referencias

- Castaneda, C. (1968). *Las enseñanzas de Don Juan*. Fondo de Cultura Económica.
- Castaneda, C. (1976). *Relatos de Poder*. Fondo de Cultura Económica.
- Grinberg-Zylberbaum, J. (1994). *Pachita*. Colofon S.A.
- Michelet, J. (1862). *La Bruja*. Editorial Luis Tasso.